

Ciclo de pinturas del Beato Ignacio de Loyola en el retablo de la iglesia de los Santos Mártires de Azkoitia de 1613

Testimonio de la devoción que le profesó su villa natal de Azpeitia

JUAN BAUTISTA MENDIZABAL JUARISTI

Amigo de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y
Cronista Oficial de Azkoitia

Dedicatoria: A Jenaro Lekuona, párroco de Azkoitia en la época de la restauración de esta iglesia de Mártires, Manuel Arrizabalaga, sacristán a la sazón de la misma iglesia (q.e.p.d.), Luciano Soraluze “Muno” y José Zubizarreta “Otsolarre”, con un recuerdo y agradecimiento especial a todos los vecinos de Mártires.

Agradecimientos: Mercedes Martín, Olatz Berasategui, Ramón Sukia, Harbil Etxaniz, Julián Serrano, Rosa Ayerbe, Ana San Miguel, Lourdes Montecelo, Imanol Mujika, Departamento de Cultura del Ayuntamiento de Azkoitia, Parroquia de Azpeitia, Parroquia de Azkoitia y a todos los que me han acompañado en esta investigación.

Resumen:

Este artículo tiene por objeto presentar cómo fue la creación iconográfica de la figura de San Ignacio en los primeros tiempos después de su muerte, de su beatificación y de su representación en el primer retablo que se erigió en su pueblo natal de Azpeitia el año de 1613. El relato se completa con las fiestas que se realizaron en honor al nuevo beato. Se describen de forma destacada las circunstancias de la venta del viejo retablo y de su

traslado a la Basílica de los Santos Mártires de Azkoitia. El motivo de la venta por parte de la parroquia de San Sebastián de Soreasu de Azpeitia fue, el haber encargado el pueblo de Azpeitia en 1742 al insigne maestro Ignacio de Ibero, otro nuevo retablo dedicado al mismo Santo para esta parroquia. Se presentan para la comparación y observación de las influencias, las once pinturas del ciclo iconográfico ignaciano del antiguo retablo que actualmente se conservan en la Basílica de los Santos Mártires San Emeterio y San Celedonio y los grabados impresos en Amberes por orden del padre Pedro de Ribadeneyra en 1610.

Palabras clave: Beato Ignacio de Loyola. San Ignacio de Loyola. Beatificación de Ignacio de Loyola. Iconografía ignaciana. Ciclo de pinturas. Azpeitia. Azkoitia. Ermita de los Santos Mártires San Emeterio y San Celedonio. Juan de Arbiza. Ignacio de Ibero. Cornelis de Galle. Theodorus de Galle. Parroquia de San Sebastián de Soreasu. Compañía de Jesús. Jesuitas. Pintura. Grabado.

Laburpena:

Artikulu honen helburua da aurkeztea nolakoa izan zen San Ignazioaren irudiaren sorkuntza ikonografikoa haren heriotzaren, beatifikazioaren eta 1613an haren jaioterri Azpeitian eraiki zen lehen erretaulan egin zioten errepresentazioaren ondorengo garaietan. Istoriaoa dohatsu berriaren omenez egin ziren jaiek osatzen dute. Bereziki erretaula zaharra saldu eta Azkoitiako Santu Martirien Basilikara lekualdatu zeneko zirkunstantziak deskribatzen dira. Azpeitiako Soreasuko Sebastian Deunaren elizak erretaula saltzeko arrazoia Azpeitiako herriak 1742 urtean Ignazio Iberokoa maisu itzaltsuari, eliza hortarako, Santu berari eskainitako erretaula berri bat enkargatu izana izan zen. Elkarren artean alderatzeko eta dituzten eraginak ikusteko, aurkezten dira, alde batetik, ziklo ikonografiko ignazioarrean erretaula zaharrean egindako hamaika margolanak, egun San Emeterio eta San Zeledonio Santu Martirien Basilikan gordeta daudenak; eta bestetik, Anberesen aita Pedro Ribadeneyrakoaren aginduz 1610ean inprimatutako grabatuak.

Gako-hitzak: Ignazio Loiolakoa dohatsua. San Ignazio Loiolakoa. Ignazio Loiolakoaren Beatifikazioa. Ikonografia ignazioarra. Pintura-zikloa. Azpeitia. Azkoitia. San Emeterio eta San Zeledonio Santu Martirien Ermita. Juan Arbizakoa. Ignazio Iberokoa. Cornelis Gallekoa. Theodorus Gallekoa. Soreasuko Sebastian Deunaren eliza. Jesusen Lagundia. Jesuitak. Pintura. grabatua.

Abstract:

This paper sets out to present the iconographic creation of the figure of Saint Ignatius shortly after his death, his beatification and his depiction in the first altarpiece that was erected in his hometown of Azpeitia in 1613. The story is completed with the festivities that were held in honour of the new beatus. The circumstances of the sale of the old altarpiece and its transfer to the Basilica of the Holy Martyrs of Azkoitia are also described. It was sold by the parish of San Sebastián de Soreasu in Azpeitia because in 1742 the town of Azpeitia commissioned the distinguished maestro Ignacio de Ibero to create a new altarpiece dedicated to the saint for the church. The eleven paintings in the Ignatian iconographic cycle of the old altarpiece that are currently preserved in the Basilica of the Holy Martyrs San Emeterio and San Celedonio and the engravings printed in Antwerp by order of Father Pedro de Ribadeneyra in 1610 are presented for a comparison and an observation of the influences.

Keywords: Beatus Ignatius of Loyola. Saint Ignatius of Loyola. Beatification of Ignatius of Loyola. Ignatian iconography. Cycle of paintings. Azpeitia. Azkoitia. Hermitage of the Holy Martyrs San Emeterio and San Celedonio. Juan de Arbiza. Ignacio de Ibero. Cornelis de Galle. Theodorus de Galle. Parish of San Sebastián de Soreasu. Society of Jesus. Jesuits. Painting. Engraving.

En la ermita o llamada también basílica, de los Santos Mártires San Emeterio y San Celedonio se conserva un singular retablo que presenta once tablas sobre la vida de San Ignacio. Este retablo fue contratado por la villa de Azpeitia, tres años después de la beatificación y diez años antes de la canonización de Ignacio de Loyola. Para iniciar este pequeño estudio podríamos comenzar con el relato de las últimas horas de Ignacio de Loyola: 31 de julio de 1556, siete de la mañana hora solar, amanece en Roma. En un cuarto del Colegio de la Compañía de Jesús, los Padres Jesuitas encuentran a Ignacio de Loyola in extremis.

Ignacio expiraba poco después. Según cuentan sus compañeros, nadie se dio cuenta de su gravedad, los médicos atendieron a otros enfermos más que a él. Murió sin recibir los últimos sacramentos e incluso la bendición del Papa le llegó tarde. Según el padre Polanco, Ignacio de Loyola “*teniendo tanta certitud de su tránsito..., ni siquiera quiso llamarnos para darnos su bendición, ni nombrar sucesor, ni cerrar Constituciones, ni hacer otra demostración*

alguna". Murió humildemente sólo, ante la mirada sorprendida de dos Padres que se acercaron a la habitación.

Pasado este trance, el momento de angustia, sus compañeros se volcaron en conservar su memoria, como la un Santo, pues así le sentía la gente de su alrededor. Un jesuita le realizó la mascarilla mortuoria, coloreada luego por el padre piemontés Giovanni Battista Velati (1528-1602), que se conserva en la Curia General de Roma. Igualmente se tomaron varias copias en cera, aunque el rostro sin vida tenía algunas dificultades (labio superior hinchado, inferior apretado por el yeso, ojos cerrados). Posteriormente se hicieron varias copias y sirvió de modelo para sucesivos retratos ya que según las crónicas nunca quiso retratarse en vida.

Los padres de la Compañía, llamaron también a Jacopino del Conte (1515-1598) pintor de Florencia, discípulo de Andrea del Sarto, admirador de Ignacio de Loyola. Era uno de los máximos exponentes del manierismo romano, discípulo asimismo de Miguel Ángel Buonarroti, según Don Carlos A. Paje. Este retrato también se conserva en la Curia General de la Compañía de Jesús. Finalmente Ignacio fue embalsamado, revestido con sus ornamentos sacerdotales y su cuerpo enterrado el día 1 de agosto, en una sepultura situada delante del altar mayor de la Iglesia de Santa María della Strada o de la Virgen del Camino en Roma. Según el padre Nadal su misión había culminado, con la Fundación y aprobación de la Compañía de Jesús, de sus Ejercicios Espirituales y de las Constituciones de la Orden.

En ese momento, según los relatos de los jesuitas como la del padre Cándido Dalmases, la Compañía contaba con cerca de un millar de personas consagradas, estaba establecida en numerosa naciones, tenía un centenar de casas y colegios. Su Orden había conseguido autoridad ante los poderes pontificios y civiles. Su legado se expandía y su memoria se veneraba.

Pero la realidad era posiblemente otra, según Enrique García Herrán. A la muerte de Ignacio, la crisis dentro de la Compañía se hacía palpable. Provincias como España, Portugal o Germania Inferior eran de hecho independientes, las Constituciones no se habían promulgado definitivamente y había Padres enemistados entre sí. Existía falta de dinero y además no se tenía claro quién podía sucederle.

Ahora Ignacio no podía hacer nada más por ella. Pero sin embargo su muerte supuso un redescubrimiento de los valores por los que tanto había luchado. Su imagen se consolidó, como la de un gran mediador que con su

enorme fe confiaba en Dios y en el hombre, y sirvió para unir la Compañía. Era la persona que subía a la terraza, donde mirando al cielo se sentaba en un banquillo derramando lagrimas de responsabilidad. Como dirá, quien fuera nuestro amigo el sacerdote e historiador José Ignacio Tellechea, en su magistral obra *“Ignacio de Loyola, sólo y a pie”*, Ignacio no es un intelectual, ni siquiera un estudioso, no le atrae la especulación espiritual o las fogosas discusiones de su tiempo. No le gusta la controversia. Le interesan las personas. Espera más de las vivencias que de los libros. Su arma fue la palabra pensada, la conversación y el diálogo.

¡Consumatum est! La crisis se superó en un primer momento por la altura espiritual y personal de los compañeros implicados, como Nadal, Laínez y Bobadilla. Un hecho tuvo importantes consecuencias. El establecimiento de la imprenta en la iglesia de la Strada en 1555 fue decisivo para propagar un Ignacio, imitable por los jesuitas. Tras su muerte, sus discípulos pretendieron ofrecer una imagen de consolidación y expansión, que ha llegado hasta los historiadores de hoy

La Compañía queriendo conservar el legado espiritual de su Maestro y Fundador, promovió el conocimiento de su vida y de su obra. En 1553, el padre Gonçalvez Cámara recogió el testimonio de la autobiografía de Ignacio de Loyola. Este padre portugués, dice que *“el padre Ignacio me llamó, y empezó a decir toda su vida y las travesuras de mancebo clara y distintamente con todas las circunstancias”*.

Pero el hombre que impulsó su biografía, con increíble fuerza fue el padre Pedro de Rivadeneyra, gracias al conocimiento personal de Ignacio, ser General de la Compañía y por su propia longevidad (1526-1611). Este padre jesuita escribió importantes biografías de santos, entre la que destaca la dedicada a San Ignacio de Loyola. De alguna forma, reescribía la autobiografía. La publicó primeramente en latín (1572) y al siguiente año en castellano y rápidamente fue traducida al alemán, francés, italiano y flamenco. Sin embargo en una versión de los padres bolandistas, seguidores del padre Bolland, y que se dedicaron a pulir la historia del santoral, publicaron la autobiografía que quedaba más original en 1731 y en ella se señala que Ignacio *“hasta los 26 años de edad era hombre dado a vanidades del mundo”*, el profesor jesuita Rogelio García y el profesor Javier Burrieza, se preguntan ¿Dónde están esos 26 años que faltan, casi la mitad de su vida? Como se podrá comprobar la historiografía ha criticado insistentemente esta censura, aunque para otros autores, siga válida la corrección de Rivadeneyra porque aún y todo explica con detalle las diversas etapas de su vida.

Otro dato a tener en cuenta en esta actitud, puede ser que si se pretendiera venerar algún día a Ignacio de Loyola, desde el Concilio de Trento este tipo de procesos se venían institucionalizando y necesitaban un examen informativo. Difícilmente, comenta por ejemplo Don Rogelio García Mateo se hubiese podido presentar con su autobiografía, la vida de un santo tal y como todavía entonces se entendía. En Ignacio no había grandes milagros, ni ascetismo, sino una confesión y examen personal. Una experiencia vital y espiritual sin mistificaciones. Por otra parte el poder de las monarquías europeas, según sus alianzas, también se implicaba en estos ámbitos religiosos. Ciertamente los procesos de los jesuitas fueron seguidos con atención. Sobre todo el de Ignacio de Loyola, que logró, superando importantes controversias, el apoyo de los dos grandes reinos, el francés y el español.

Volviendo a la imagen de Ignacio de Loyola, por indicación de Rivadeneyra, que realizaba su misión en base a promocionar la biografía de Ignacio haciéndola acompañar de estampas de su historia para el logro de una mayor difusión, en 1585 se encargó otro retrato al famoso pintor valenciano y retratista de la familia real, Alonso Sánchez Coello. Se le solicitó que lo pintara tomando como modelo una escultura de barro, que había realizado el jesuita vitoriano Domingo Beltrán de Otazu subsanando los defectos de la mascarilla (esta pintura desapareció desgraciadamente). Se mantuvo cierto debate en la Compañía sobre el parecido o no de los retratos. Se encargaron varios más para crear su prototipo. Siguiendo la historiografía tradicional —aunque nuestro amigo el historiador Enrique Valdivieso, dude por su estilo— Pieter Paul Rubens, joven aún, con 23 años, inexperto pero con talento, sería quien realizaría hacia 1600 uno de los más utilizados. Un rostro oblongo, con mejillas ligeramente cóncavas y con una pequeña barba en el mentón. Por ejemplo, fue la base en la que se inspiró Jean Baptista Barbé para realizar la serie de grabados en Roma para la beatificación de 1609. También serviría de modelo al pintor Juan de Mesa para el ciclo de pinturas que compuso por encargo de Rivadeneyra¹ para el Colegio Imperial de Madrid (hoy en paradero desconocido, aunque se conserva alguna pintura aislada en Barcelona) y que fue recogida en el ciclo de grabados de los hermanos Cornelis y Theodorus Galle y editada por la famosa oficina de Baltasar Moretus en 1610 en Amberes.

(1) PONZ, Antonio, *Viaje de España*. Edición de Casto María del Rivero. Madrid: Aguilar, 1947. En pp. 116: “En el tránsito llamado del Rector había quince cuadros y en el primero leí: Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, sacada de la que el P. Rivadeneira, de la misma Compañía, escribió y después hizo pintar a Juan de Mesa y estampar en Flandes a los Galeos” (se refiere a los Hermanos Galle).

Los hábiles grabadores flamencos, como nos explica el historiador Alonso Rodríguez G. de Ceballos, fueron acompañados en su trabajo por Adrian y Jan Collaert y Karel van Mallery.

Hubo alguna impresión anterior que no fue aceptada por el papa Clemente VIII, por hacer propaganda de un personaje que no había sido aún canonizado. Por ejemplo el que utilizó el propio Ribadeneyra para ilustrar, su biografía de Ignacio de Loyola en su edición veneciana de 1587. El grabado parece lo realizó el belga Joan Sadeler hacia 1580.

Rivadeneyra reconstruyó en parte, la imagen que se quería transmitir de Ignacio de Loyola. Ignacio, fundador de una gran orden, como lo era la Compañía de Jesús y con unos lemas tan fascinantes y vibrantes como “*En todo Amar y Servir*” y siempre a “*Ad Maiorem Dei Gloria*”.

Su proceso de beatificación se inició en la Congregación General de la Compañía en 1593. En esas fechas tras el Concilio de Trento, los mecanismos de beatificación, paso previo a la canonización estaban vinculados a la actividad de la Congregación de Ritos creado por el papa Sixto V en 1588. Concretamente los inspectores de la Causa de Ignacio de Loyola vendrán a interrogar a los diversos vecinos del Valle de Iraurgi en 1595. Había transcurrido más de 60 años desde la última estancia de Ignacio en su tierra natal. Los supervivientes a los que se les preguntó por el futuro beato, eran entre otros, los niños y niñas que asistían a sus sermones o catequesis en Azpeitia, los que le escucharon encaramados a los árboles o desde la lejanía y los descendientes de las personas con las que trató Ignacio. Ahora convertidos todas y todos en ancianos venerables. Sus testimonios realmente impactaron a los responsables de llevar a buen término el proceso. Sus investigaciones acabaron recogiendo las pruebas públicas de las autoridades eclesiásticas, civiles y ciudadanos notables ante el Notario Apostólico el 14 de agosto en la Iglesia Parroquial de San Sebastián de Soreasu en Azpeitia y el 18 de agosto en la Parroquia de Santa María la Real de Azkoitia.

Siguieron las etapas reglamentarias y a pesar de todo como curiosidad, Ignacio no va a ser el primer beatificado de la Compañía, el joven polaco Estanislao de Kostka o el italiano Luis Gonzaga serán proclamados el año 1605, aunque no les llegó su canonización hasta el año 1726. Siguiendo con Ignacio, después del elogio de sus valores, se superó la fase llamada de Procesos Informativos y la beatificación culminaba.

El 27 de julio de 1609 se declaraba beato a Ignacio de Loyola y el 3 de diciembre el papa Paulo V firmaba el Breve correspondiente. Se permitía de

esta forma, su veneración pública y dedicarle culto en los altares. En España tuvo mucho eco y desde instancias superiores se pedía que las celebraciones se centraran en los actos litúrgicos. Azpeitia con todas sus autoridades religiosas y civiles expresarán su alegría. Las actas municipales son testimonio fehaciente de ese contento. Gipuzkoa entera se une al honor. Todo a pesar de que el padre general Claudio Acquaviva d' Aragona escribía a los provinciales que mesuraran sus expresiones:

“La beatificación de nuestro B.P. Ignacio se ha celebrado en estos reynos con aplauso y regozijo tan, según de diversas partes nos han escrito, que por ello quedamos muy obligados a dar al Señor las debidas gracias, y ha suplicarle que se sirva despertar los ánimos de los de la Compañía con nuevos fervores para caminar en el camino de la perfección según nuestro instituto pide.

Y para que en la común alegría del pueblo se hechase de ver nuestra modestia, juzgamos ser conveniente advertir que el día del tránsito de nuestro B. P. no se haga demostración de fiesta extraordinaria en nuestras iglesias (se refería al 31 de julio de 1610), contentándose los nuestros con decir su misa, según la facultad que para ello nos concedió su santidad en el breve”.

Así por ejemplo surgieron muchas imágenes del nuevo Beato. Son destacables las tallas realizadas por Juan Martínez Montañés o Gregorio Fernández, que también crearon modelos iconográficos en la escultura. Precisamente los jesuitas del Colegio de Bergara encargaban al artista gallego afincado en Valladolid, Gregorio Fernández, una estatua para su iglesia en 1614.

Pero vayamos a Azpeitia y contextualicemos la llegada de la noticia de la beatificación. El día de San Miguel, 29 de setiembre de 1609², se elegía nuevo Ayuntamiento como era práctica común en la mayoría de los pueblos guipuzcoanos. Siguiendo con su tradicional ceremonia de elección de cargos y juramento en la Parroquia. Las circunstancias son absolutamente curiosas. Cuando llegan los nuevos corporativos a la Iglesia se encuentran con que había desaparecido su asiento municipal. Había ocurrido durante la noche. Luego se supo que por circunstancias diversas se había excomulgado al Ayuntamiento y que fue el propio párroco Juan Sáez de Azcune Loyola quien llevó el asiento a la parte de la epístola, quitándola de la parte del evangelio que era el lugar principal. Los nuevos Alcaldes Ordinarios que juraban el cargo ante Dios y

(2) Actas Municipales del Ayuntamiento de Azpeitia 1609-1618. Archivo Municipal de Azpeitia.

su pueblo, el licenciado Juan Martínez de Aztina y Diego de Echenagusia, buscaron desde el inicio de su mandato, la concordia y al final el obispo fijó su ubicación en el lugar donde había permanecido habitualmente, pero en vez de sentarse de lado, ahora deberían estar de frente, “dando la espalda al pueblo”.

La primera reunión del nuevo consistorio se celebraba el 5 de octubre y en ella se señalaba que llegaba el Obispo de Pamplona, Don Antonio de Venegas y Figueroa en su visita pastoral a Azpeitia y se solicitaba al pueblo que acudiera “copiosamente” a su recibimiento en la entrada de la jurisdicción³. Para más complicaciones, llegaba también ese día el Provincial de los padres Agustinos al que también quisieron brindarle un especial saludo. El fraile venía a poner “*paz y concordia al monasterio de San Agustín, en razón a las diferencias en los entierros y otras cosas entre el Convento y el Cabildo Parroquial*”. Aprovechando esta circunstancia de la presencia del Obispo y del Provincial, el Ayuntamiento en ese espíritu pacificador arbitró entre ambas instituciones para solucionar el conflicto.

El 15 de octubre en otra reunión del Ayuntamiento, se trató “*de la buena nueva que se tuvo de la beatificación del padre Ignacio de Loyola, fundador de Compañía de Jesús, hijo natural de esta villa, de la casa y solar de la casa de Loyola, y de la obligación que se tiene de regocijar tan buena nueva y hacer demostración del contento que de ella se ha recibido por toda esta provincia y particularmente por esta villa y vecinos de ella, que se escriba a la Diputación de la dicha provincia dando cuenta de ella para que provenga y ordene en su acuerdo lo que se deba hacer sobre ello, y que en esta villa en demostración de contento que se ha recibido, sean llamados los vecinos principales de ella*”. Luego se incorporaron otros vecinos y “*ordenaron que*

(3) Según Javier Zudaire S.J., en su artículo “Antonio Venegas y Azpeitia”, Don Antonio de Venegas trabajó notablemente en el cultivo del euskera en la catequesis y en las predicaciones de su diócesis, con un notable sentido del valor de la cultura. Ya que “no se puede hacer bien lo que es bueno, ni evitar lo que es malo, si no se sabe”. Además, como atestigua Koldo Mitxelena, promovió el obispo un concurso literario en lengua vasca con ocasión de la fiesta del Corpus, “porque no es razón que la lengua matriz del Reino quede desfavorecida”. Sigue Zudaire indicando otro aspecto interesante sobre el carácter de este obispo natural de Sigüenza: “No parece acorde con la historia el silencio que se ha hecho en torno a Don Antonio en el tema de la brujería vasca, por ejemplo en los actos que tuvieron lugar en Zugarramurdi, el 27 de marzo del presente año, en recuerdo del aniversario del auto inquisitorial de Logroño, de 1610 (ver DV, 28.03.10, pg. 14). La posición del obispo ante el fenómeno brujeril fue valiente y clara, como escribió en más de una ocasión: “mucho de lo que publican de niños y mujeres mozas y de hombres es imputado falsamente, nacido todo de la demasiada diligencia que los comisarios de la inquisición han hecho, ahora sea movidos de buen celo, ahora con fines particulares”.

se hiciesen los regocijos y fiestas ...tracen una máscara de a caballo y todos ayuden y contribuyan conforme a la voluntad de cada uno, y sea a cargo de los nombrados y se publique por las iglesias de la villa y Urrestilla, y se corran toros y se hagan todos los regocijos y fiestas que ordenaren los nombrados, y todo ello se comuniquie con los señores del cabildo y clerecía para que ayuden y hagan cuento pudieren, y el día de la fiesta sea domingo veinte y cinco de este desde la víspera a la noche con luminarias, y que los señores nombrados se ocupen con mucho de ello y en todo ello haya prudencia y discreción”.

El día 17 de agosto, el Alcalde informó en la sesión del Ayuntamiento, que hablaron con el Cabildo sobre la cuestión para concretar los actos para solemnizar las fiestas por la beatificación y que acordaron realizar una solemne procesión “y demás cosas”. Pero el Obispo ya se había trasladado a la vecina Azkoitia para realizar también su tradicional visita. Por esta razón se envió a esta villa una pequeña comisión encabezada por su alcalde Diego de Echenagusia para solicitarte la autorización pertinente y a su vez invitarle a que asistiera a los festejos organizados, utilizando de aposento la casa de Vicuña.

Todas las fiestas debieron salir tal y como se diseñaron, con los actos litúrgicos y con la mascarada, danzas y “*luminarias*”, los fuegos artificiales de la época. El 6 de noviembre se nombraba un contador para realizar su balance de cuentas.

También los padres de la Compañía en Azkoitia, desde su Residencia de Plaza Berri se volcaron en dar a conocer la noticia, ellos fueron importantes agentes en la trasmisión de la buena nueva en el Valle desde su pequeña residencia fundada en 1599, diez años antes en casa de los resobrinos del Ignacio de Loyola, Catalina Martínez de Olano (hija de Juan Martínez de Olano y de María Vélez de Loyola, hija de Martín, hermano de Iñigo) y Domingo Pérez de Idiaquez. Estos Padres se encargaban del cuidado de la pequeña capilla de la Casa de Loyola y de custodiar las alhajas y reliquias que llegaban.

En estas fechas desde Azpeitia también comienzan a trasladar diversas peticiones al Obispado. El padre Gabriel Henao en su obra *Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria*, transcribió la documentación. En ella se solicitaba “*guardar fiesta el día de su tránsito, que es a 31 del mes de julio y ponerle altar e imagen, y recibirle por Patrón y Abogado. También suplicaban les conceda licencia para que se pueda decir misa en la plaza de la Casa de Loyola, porque dentro de ella y en la Capilla no había comodidad para la gente que concurriera el dicho día, poniendo un altar decente, y hacer las procesiones con la imagen del dicho Santo*”.

El 31 de julio de 1610, se tomó testimonio de todo lo sucedido, para que constara el afecto de Azpeitia hacia su hijo el Beato Ignacio, ante los escribanos públicos del municipio, Juan López de Ondarra y Juan de Oñaz y haciendo el voto en nombre de toda la Villa⁴. El documento, comienza haciendo una relación de los Oficiales del Gobierno, para recoger a continuación los asistentes más significativos a los actos, como el Corregidor de la Provincia, Alcalde de Hermandad, los señores de las casas principales, el Cabildo y Clerecía, y numerosos estudiantes, en presencia a su vez de muchos vecinos del pueblo.

“Por lo qual prometemos y juramos por Dios nuestro Señor y Santa María, su bendita Madre, y por los Santos quatro Evangelios y por la señal de la Cruz, en que corporalmente ponemos nuestras manos derechas, que desde el presente día en adelante, para todo tiempo del mundo y siempre jamás habremos y tendremos, y esta dicha Villa de Azpeytia habrá y tendrá por día de fiesta y feriado el que se contare postrero de Julio de cada un año y lo guardaremos como los demás días festivos que la Santa Madre Iglesia manda guardar, cesando de todos los actos judiciales y laborales ordinarios de días de trabajo. Y debajo del dicho juramento prometemos de acudir, y que la dicha Villa, Justicia y Regimiento acudirán todos los años que vivieren para siempre jamás, a esta Iglesia Mayor Parroquial las Vísperas y a la Misa mayor, Sermón y Procesión de la dicha fiesta. Y de cómo así lo prometemos y juramos, pedimos testimonio á vos Juan López de Ondarra, Escribano de su Majestad, y del número de la dicha Villa y del Ayuntamiento de ella, que estáis presente. Y a todos rogamos y encargamos que de ello sean testigos. Todo lo qual pasó y se hizo en dicha Villa por la mañana, antes de entrar en Misa Mayor y Divinos Oficios, día sábado, a treinta y un días del mes de Julio, del año mil seiscientos diez, estando arrodillados los dichos Señores del Regimiento delante del altar, dedicado al dicho Santo, a la parte del Evangelio, llamado antes el altar de la Trinidad a donde se pasó, y está la imagen del mismo Santo. De todo lo qual yo el Escribano doy fe”.

La devoción al beato Ignacio fue en aumento. Las celebraciones eran cada vez más profusas y desde el consistorio se pensó que era hora de tener un digno retablo o tabernáculo en la parroquia de San Sebastián de Soreasu. De esta forma en la reunión del 10 de octubre de 1612⁵, el alcalde Francisco

(4) Voto que hizo la Villa de Azpeitia de guardar la fiesta de San Ignacio de Loyola. Azpeitia 31 de julio de 1610. GPAH20143-A-046900r-047000v.

(5) Actas Municipales del Ayuntamiento de Azpeitia 1609-1618. Archivo Municipal de Azpeitia.

Iñiguez de Alcega “*propuso que para el tabernáculo que se pretendía hacer para el altar de nuestro patrón y Beato San Ignacio de Loyola; Maese Juan de Arbiza, escultor vecino de esta villa, tenía otro hecho para otra ocasión y que estaría muy a propósito acomodarse dicho Maese Juan con esta dicha villa y señores del Gobierno...*”

La cuestión avanzó y el 19 de octubre de ese año⁶ se firmó el contrato de ejecución del retablo entre los alcaldes de Azpeitia, Juan Martínez de Zandategi y Francisco Iñiguez de Alzaga con el maestro Juan de Arbiza y Cordoba. El documento conserva la traza original del retablo. Aquí reside el valor de este estudio. En la escritura se indica que “*el dicho Maese Juan de Arbiza haya de hacer un (sagrario) o tabernáculo, conforme a la traza de esta otra parte, para el altar de señor San Ignacio de Loyola, patrón y abogado de esta dicha villa, sin alterar ni innovar en cosa alguna, y haya (de) entregar puesto en él, dicho altar para el día de Pascua de Resurrección suso primero ven(iente, sin) otro plazo alguno, (so) pena de que hagan hacer a su costa y sea ejecutado por ello en forma. Y a pie y rremienta de la dicha obra, haya de poner dos corbatones o figuras, y todo ello bien a(jus)tado, conforme a la dicha traza, por precio y quantía de doscientos y quarenta ducados... Y se le hayan de pagar, como dicho es, lo procedido de la dicha obra en esta manera: cinquenta ducados luego de contado por los dichos señores del gouierno de esta dicha villa, que son y fueren adelante, y lo rresto al tiempo y quandando se cojiere en la primera ofrenda que se hiziere en la parroquial de esta villa para dicho efecto*”. Juan de Arbiza y Cordoba era un prestigioso maestro escultor natural de Soravilla y vecino de Azpeitia. Colaboró con artistas del círculo de Juan de Anchieta como Jerónimo de Larrea y realizó entre otras obras la magnífica escultura de San Martín Obispo que preside el altar mayor de la Parroquia de Errezil.

Durante ese tiempo, se fueron recibiendo importantes donativos, como la de Juan Pérez de Altuna, hijo y heredero de Doña María Sáez de Rezusta, su madre difunta que en su testamento dejó 30 ducados para costear el nuevo altar. Su carta de pago de firmó el 11 de enero de 1613⁷. Ese mismo día y ante el notario Diego de Echenagusia, el escultor Arbiza daba su “*carta de pago y de fin e quito para agora y para siempre jamás a los Mayordomos de*

(6) Contrato entre la Villa de Azpeitia y Maese Pedro de Arbiza para realizar un altar dedicado al señor San Ignacio. En Azpeitia, 12 de octubre de 1612, ante el escribano Juan de Oñaz. Conserva la traza original del retablo. Archivo.

(7) Carta de pago. 11 de enero de 1613. GPAH20279-A-001900r-001900v.

la obra del padre Ignacio". El día 31 de julio de 1613, en medio "*de fiestas y regocijos se realizó la ofrenda para ayudar a pagar el retablo que se hizo para el altar del Santo*" y el 22 de agosto se dio cuenta de lo recaudado en la ofrenda. La parroquia de Azpeitia, sustituía su viejo retablo dedicado a la Santísima Trinidad por uno nuevo dedicado al Beato Ignacio de Loyola. Todavía el día de San Sebastián de 1615 se hacía otra ofrenda y el 26 de febrero el escultor volvía a otorgar otra carta de pago⁸.

Durante 130 años permaneció este original altar en la parroquia de Azpeitia, tenía delante las sepulturas de los clérigos de Azpeitia, entre ellas la del músico Juan de Anchieta, en el lado de la epístola se situaban las correspondientes a la familia de Loyola y Emparan. A su vera se postraron a orar, personajes tan significativos como los sucesores inmediatos de la familia Loyola, los primeros jesuitas que llegaron a Loyola y además acompañó al pueblo de Azpeitia en todas las funciones extraordinarias dedicadas a su hijo más universal y durante toda la época de la construcción de la basílica de Loyola. Ahora en 1742, después de tantos años, la Parroquia y el Ayuntamiento tomaban la decisión de sustituirla por otro retablo más acorde al gusto de la época, contando para ello con un artista azpeitiarra tan destacado como Ignacio de Ibero que triunfaba con su talento en Loyola. El Sr. Duque de Granada de Ega, patrón de la iglesia parroquial de Azpeitia, concedió de limosna 6.000 reales de vellón para ayudar a hacer el nuevo retablo "*primoroso y de la moda para el altar que ocupa la escultura del glorioso San Ignacio de Loyola, Hijo y Patrono de la villa*". El obispo de Pamplona don Gaspar de Miranda concederá la licencia el 15 de agosto de 1742, e inmediatamente se escrituró con el maestro azkoitiarra Francisco Ignacio de Azpiazu la realización del retablo según traza de Ibero. Se mantendría la imagen existente de San Ignacio, aunque con posterioridad se le cambiaron la cabeza y las manos, se incorporarían las nuevas tallas dedicadas a San Francisco de Borja, San Estanislao de Kostka y San Luis Gonzaga y recordando la antigua advocación se colocará el relieve de la Santísima Trinidad.

El viejo retablo de maese Arbiza quedaba relegado y conservado en la capilla de Nuestra Señora de la Asunción de la familia Ibarluce, cuyo dueño era el abuelo del famoso marqués de Narros "*del triunvirato de los Caballeritos de Azkoitia*". Don Agustín Ignacio de Aguirre, era Señor de la casa de Ibarluce de Urrestilla, envió, se consagró sacerdote y por su

(8) Carta de pago. 27 de enero de 1615. GPAH20228-B-001600r-001600v.

devoción hacia San Ignacio, solicitando formar parte de la Compañía de Jesús, fue admitido como jesuita en el momento mismo de su fallecimiento en 1745.

Ahora conozcamos la ermita o Basílica de los Santos Mártires de Azkoitia. Está situado en un altozano por donde también discurría un viejo camino desde el valle de Iraurgui hacia el Goierri. Aquí se venera a los santos mártires vascones de Calahorra que es una advocación especial en el territorio de Gipuzkoa y en una zona perteneciente al Obispado de Pamplona. Desde tiempos inmemoriales hasta aquí llegaban romeros casi diariamente desde el “*sur de Francia hasta Navarra, hora en el lecho del dolor o por cualquier circunstancia especial*”⁹. La basílica era de patronato municipal, y tuvo muchas dificultades para acordar las necesarias actuaciones con la Parroquia. Tenía la calificación de Rectoría, por habitar permanente en ella un sacerdote, pero esta fue otra cuestión de debate con el propio Obispado. Una de sus fuentes económicas fundamentales era la que proporcionaban sus ganados, ya que desde tiempos inmemoriales la Rectoría tenía un derecho especial para que sus vacas y toros pacieran en la “*Sierra de Izarriz*”, incluso en tierras comunales. Derecho que fue alterado continuamente por otros propietarios de la zona próxima, incluso de los habitantes en los caseríos de Deba y Zestoa. De esta forma se hacía difícil la conservación del servicio espiritual e incluso “*el Santuario de Mártires o de San Medel*” corría riesgo de derrumbe. Este grave momento obligó a las autoridades civiles y religiosa a tomar la determinación de su arreglo y solventar la cuestión de sus ganados. Fueron los propios vecinos los que coparticiparon en las obras. Así en las actas municipales del 13 de julio de 1738 y en la del 28 de junio de 1744 se lee lo siguiente:

En la primera:

“El señor Don José de Ansotegui, Rector de los Santos Mártires de San Medel presentó un memorial en el gran peligro que se halla el Santuario de dichos Mártires y poner en ejecución como hay decretos acerca de esta materia, determinaron que en primer lugar se sepa en el estado que se halla dicho Santuario, que dará razón el señor Pedro de Zabala y se le pida una razón para hacer determinación. Asimismo, suplica dicho rector en dicho memorial, que el membrete que se halla en el oficio de José Ignacio de Lersundi, escribano de dicha villa, sobre el número de ganado que se le entregó en las caserías de Ondarroa y Echaube, se engrose en forma para que pueda dar carta de pago. Se determinó se engrose dicho membrete y se haga el inventario y en cuanto

(9) Actas Municipales de Azkoitia. 18 de setiembre de 1887. Archivo Municipal de Azkoitia.

al ganado que falta a la dicha rectoría, se haga cargo el heredero de Don Antonio de Usobiaga, rector pasado de dicho Santuario, que para ello se le dé comisión al dicho señor Zendoya con asistencia del presente escribano”.

En la segunda:

“El alcalde señaló la mala disposición en que se hallaba la basilica de San Medel, que amenazaba total ruina con peligro de suceder alguna desgracia, y que reconociendo los de la barriada, la gran utilidad que tenían de su conservación, le habían insistido por medio del dicho señor Epelde y Domingo de Azpiazu, estaban prestos a contribuir con la posible limosna si la villa tomaba alguna providencia para la reedificación, y a este fin pasó a la expresada ermita el día 23 del presente en que se juntaron los del barrio, de su aldeaño, y conferido con ellos había tomado una nómina de lo que ofrecían contribuir y daba parte todo al ayuntamiento para que tomase las providencias que fueren necesarias para acudir a esta urgencia.

Y conferido entre sus mercedes y considerando el poco arbitrio de la villa respecto de la duda de si es o no de su obligación la de acudir a los reparos de dicha basilica, acordaron que el alcalde y el fiel tomen los arbitrios que mejores parezca para la ejecución de la obra, haciendo se pida una limosna general de los demás barrios y en la calle, y lo demás que les parezca conveniente, ajustando también con los maestros que la puedan ejecutar o poniendo en almoneda con las condiciones que antes de ahora las formó Joseph de Lizardi, maestro cantero y según su traza, añadiendo las que les pareciere convenientes...”.

Además avanzaba la época del gobierno de los borbones y sobre todo en la segunda mitad del XVIII se apelaba a los Planes Beneficiales que se establecieron para racionalizar la financiación y las necesidades de la Iglesia. En este proceso los responsables de la ermita comenzaron a acometer las obras más urgentes y ante la falta de un digno retablo, fueron a adquirir el que recientemente se había retirado en la parroquia de Azpeitia. El contrato de compra venta *“del retablo viejo de San Ignacio de Loyola”* se realizó entre Nicolás de Altuna, alcalde de Azpeitia y mayordomo de la parroquia de la parroquia de San Sebastián de Soreasu y José de Ansotegui, rector de la ermita de los Santos Mártires por 800 reales de vellón (Ansotegui fue el verdadero impulsor de la transformación de esta Basilica). Tras el acto se solicitó al obispo de Pamplona, Don Gaspar de Miranda la confirmación de dicha venta y licencia para utilizar este dinero en completar la cantidad necesaria para pagar el dorado del nuevo retablo que se había erigido en la parroquia de Azpeitia. Y confirmando lo expuesto, *“así lo decretó, envió y mandó”* el Obispo con fecha

de 3 de abril de 1750¹⁰. Mártires se quedó con el viejo altar y el alcalde de Azpeitia pudo firmar junto al párroco Don Ignacio de Alzaga el 31 de mayo de 1751 el contrato para la doradura del nuevo retablo de la Parroquia de San Sebastián de Soreasu con el maestro Juan Antonio de Ballenita, vecino de la misma villa por 5.000 reales de vellón¹¹. La obra debería estar entregada para el día de San Andrés y tener el visto bueno del dorador donostiarra Manuel de Alquizaleta o de Ignacio de Ibero.

La basílica de Mártires que podría parecerse a las iglesias góticas de entramado de madera, comenzaba también una etapa de profunda transformación. Las antiguas imágenes góticas de San Emeterio y San Celedonio se entronizarían en el nuevo retablo traído de Azpeitia, a la que se le incorporaría un altar diseñado por Francisco Antonio Azurmendi y ya a partir de 1809 se edificarían unas nuevas bóvedas, adquiriendo cierta semejanza a la actual visión. También la sacristía y la casa cural conocen significativas reformas y se crea la nueva casa auxiliar para diferentes servicios, diseñado por Antonio Sarasola. En lo administrativo adquiere el rango de Parroquia Aneja y en su templo se podrán celebrar diversos sacramentos.

Desde entonces y en su silencio la basílica de Mártires conserva una joya inédita del arte ignaciano, muy sencilla artísticamente, pero con un valor histórico incalculable para este valle de Loyola. El primer testimonio de la devoción del pueblo de Azpeitia hacia San Ignacio de Loyola.

Anexo Documental

El retablo que estudiamos en este artículo apenas ha sufrido variación alguna desde su diseño, su estancia en Azpeitia y la conservación en la Iglesia de los Santos Mártires de Azkoitia. Solamente en la hornacina central en vez de la imagen de San Ignacio que fue la que se entronizó y se conservó en Azpeitia, existen dos tallas de los Santos Emeterio y Celedonio, titulares de la Basílica. También las columnas que eran originalmente antorchadas o estriadas se alisaron con estuco para repolicromarlas dándoles un aspecto marmóreo (“*de piedra*”) muy del gusto neoclásico, época en que se colocó el altar en Mártires. A su vez quisiéramos destacar que durante el proceso

(10) Licencia del Obispo para la compra venta del retablo viejo de San Ignacio. 3 de abril de 1750. GPAH20610-A-027300r.

(11) Escritura para el dorado del nuevo retablo de San Ignacio en Azpeitia. 31 de mayo de 1751. GPAH20610-A-0274400v-027500rv.

de restauración se descubrieron los dos pequeños atlantes que sujetan el retablo a ambos lados, posiblemente por cuestiones de pudor fueron ocultadas bajo dos tablas que sorprendentemente escondían sendas imágenes de las virtudes de muy buena ejecución. La total restauración se realizó el año 2001, siendo párroco de Azkoitia, el nombrado como “*Hijo Adoptivo de la Villa*”, Don Jenaro Lekuona con la participación económica de vecinos y empresarios del valle. Las obras de restauración del retablo fueron dirigidas por Mercedes Chico, el prestigioso profesor y conservador azpeitiarra José Luís Larrañaga y José Ignacio Pérez.

A continuación incluimos un anexo fotográfico en el que se pueden ver las influencias de los maestros grabadores de Amberes en las pinturas que se conservan en Mártires. Era común entonces que existieran este tipo de ciclos pictóricos, pero son pocos los que se conservan tan completos y fechados en época tan temprana. En Azkoitia existió otra serie de 15 pinturas biográficas en la Iglesia de la Residencia y Colegio de la Compañía de Jesús. Fueron pintadas por el pintor y vecino de Azpeitia Bartolomé Noblet en 1655, al mismo tiempo realizó un cuadro grande para Loyola¹². Todavía hoy se conserva un cuadro de aquella serie en la Capilla de la Casa de Balda, se trata de uno de las imágenes más importantes de la iconografía ignaciana, la visión de Ignacio de Loyola en la pequeña y arruinada iglesia de Storta. Así lo describe Rivadeneyra:

“Aconteció en este camino, que acercándose a la ciudad de Roma, entró a hacer oración en un templo desierto y solo, que estaba algunas millas lejos de la ciudad. Estando en el mayor ardor de su fervorosa oración, allí fue como trocado su corazón, y los ojos de su alma fueron con una resplandeciente luz tan esclarecidos, que claramente vio como Dios Padre, volviéndose a su unigénito hijo que traía la cruz acuestas, con grandísimo y entrañable amor le encomendaba a él, y a sus compañeros: y los entregaba en su poderosa diestra, para que en ella tuviesen todo su patrocinio y amparo. Y habiéndolos el benignísimo Jesús acogido, se volvió a Ignacio así como estaba con la cruz, y con un blando y amoroso semblante le dice:

*Ego vobis Romae propitius ero.
Yo os seré en Roma propicio, y favorable.*

(12) Archivo Histórico del Santuario de Loyola. Colegio de la Compañía de Azkoitia. Caja n.º 1. Doc-1.

Maravillosa fue la consolación, y el esfuerzo con que quedó animado nuestro Padre de esta divina revelación. Acabada su oración dice a Fabro, y a Laynez: Hermanos míos que cosa disponga Dios de nosotros, yo no lo sé, si quiere que muramos en Cruz, ò descoyuntados en una rueda, ò de otra manera, mas de una cosa estoy cierto, que de cualquier manera que ello sea, tendremos à Jesucristo propicio: y con esto les cuenta lo que había visto, para más amarlos, y aperebirlos para los trabajos que habían de padecer”.

Era el comienzo de la Compañía de Jesús. Azkoitia posee de esta forma entre las once tablas de Mártires y este cuadro una de las colecciones más completas del ciclo de la vida de San Ignacio realizadas en el siglo en el que fue declarado beato y santo, el siglo XVII. Cuenta además con tres excelentes esculturas del Santo en su parroquia de Santa María la Real, la más antigua de Miguel de Goroa de 1630 en un retablo colateral al mayor. Otra que presidió el retablo del antiguo colegio de la Compañía de esta villa trazado por Juan de Ursularre Echeverría y trabajado con Domingo de Viquendi en 1676¹³ y que coronaba el retablo de la sacristía, y la tercera de hacia 1750 de un círculo próximo a la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, en la capilla de la familia Idiaquez quien obtuvo el mayorazgo de Loyola en esas fechas. Para finalizar hacemos referencia también a otra imagen barroca que se presenta en el retablo mayor diseñado por Ignacio de Ibero en 1744 y labrado por Lucas de Camino, para monasterio de Santa Cruz de Azkoitia tan vinculado a la Compañía de Jesús¹⁴.

Las imágenes del retablo de Mártires se hallan en orden de izquierda a derecha y de abajo a arriba.

Fotografías de Idoia Unzurrunzaga, cedidas por el Ayuntamiento de Azkoitia.

(13) Archivo Histórico del Santuario de Loyola. Colegio de la Compañía de Azkoitia. Tomo 6. Cartas y misivas.

(14) MENDIZABAL JUARISTI, J. B., “Vivencias...Azkoitia en la época ilustrada” Nuevos Extractos. Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Donostia, 2013.



El padre Pedro de Ribadeneyra no recoge este episodio transmitido por una tradición constante. Se trataría del encuentro de Felipe Neri e Ignacio de Loyola en las calles de Roma hacia 1544. Dos personajes significativos en la Contrarreforma italiana. Felipe es una persona laica que se ordenará sacerdote en 1551. Creará la Congregación del Oratorio. Curiosamente se le representa de avanzada edad a pesar de que fuera 24 años más joven que Ignacio. Felipe Neri fue beatificado en 1615, seis años después que Loyola y fueron canonizados juntos en 1622.



“El día 31 de julio de 1556 antes de salir el sol moría S. Ignacio en Roma. Una viuda bienhechora de la Compañía de Jesús, residente en esos años en Bolonia confesó haberle visto rodeado de luz esplendorosa”. (Testimonio de Philipppo Aupolini en el proceso de beatificación, MHSI 56/478).



“Porque Ignacio tenía entendido, que todos los trabajos que él y sus compañeros tomaban, serían más agradables a Dios nuestro Señor, cuando el Sumo Pontífice, con su autoridad apostólica los aprobase, dio parte de este su deseo al Papa Paulo tercero. El papa leyó el instituto de la compañía y quedó tan admirado, que con espíritu de Pontífice Sumo dijo en leyéndole: “éste es el dedo de Dios” (1540)”.

(Ribadeneyra. Libro segundo. Capítulo diecisiete).



“Tuvo grandísimo don de lágrimas y continuas visitaciones del Señor. Por estar atento al acatamiento de Dios nuestro Señor, desechaba las lágrimas que le venían, y que estimaba más esta gracia y conocimiento que todas las otras”.

(Ribadeneyra. Libro quinto. Capítulo primero).



“Se mantenía en Venecia mendigando, y dormía en la plaza de San Marcos, mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador (Alonso Sánchez), ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar. Un día le topó un hombre rico español, y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que preparó la partida”.

(Autobiografía. Capítulo cuarto. Número 42 - Texto de Ribadeneyra).



“Y lo primero de todo mostró a los padres las Constituciones que él mismo había escrito, para que vieses y examinasen. Allí se ve cómo era su entendimiento alumbrado y enriquecido con casi continuas y admirables revelaciones de la Santísima Trinidad. Y no eran breves estas visitas, ni como de paso estos regalos divinos, sino muy largos algunas veces y de muchos días. Con la fuerza le traían y elevado, y como a hombre que vivía con el cuerpo en el suelo y con el corazón en el cielo”.

(Ribadeneyra. Libro cuarto. Capítulo segundo).



“Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate compró tela de la que suelen hacer sacos. Y mandó luego de aquella hacer una veste larga hasta los pies.

La víspera de Nuestra Señora de Marzo (día 25), en la noche del año de 1522, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre y despojándose de todos sus vestidos se los dio, y él se vistió de su deseado vestido”.

(Autobiografía. Capítulo segundo. Números 16 y 18 - Texto de Ribanedeyra).



“Consciente de las costumbres un tanto libres de un convento de religiosas de las afueras de Barcelona, les exhortó a reducir las visitas de unos jóvenes mal intencionados. Al encontrar las puertas del convento cerradas, después de colmar de insultos a Ignacio, le golpearon con fiereza. Castigo físico que soportó Ignacio contento de sufrir por el nombre de Jesús”. (Acta Sanctorum, 31 de julio).



“En el tiempo que estuvo en el hospital de dicha villa (Azpeitia) fue público en ella, que Dios Nuestro Señor, a intercesión del dicho P. Ignacio hizo y obró muchos milagros, sanando a algunas personas que tenían enfermedades”.

“Era público que comía en una mesa (con los pobres) y se trataba con mucha aspereza, dando en todo grande ejemplo de humildad y de pobreza y paciencia, como hombre de grande espíritu y santidad”

(Testimonio de María de Urbietta en el proceso de beatificación. MHSI 56/229).



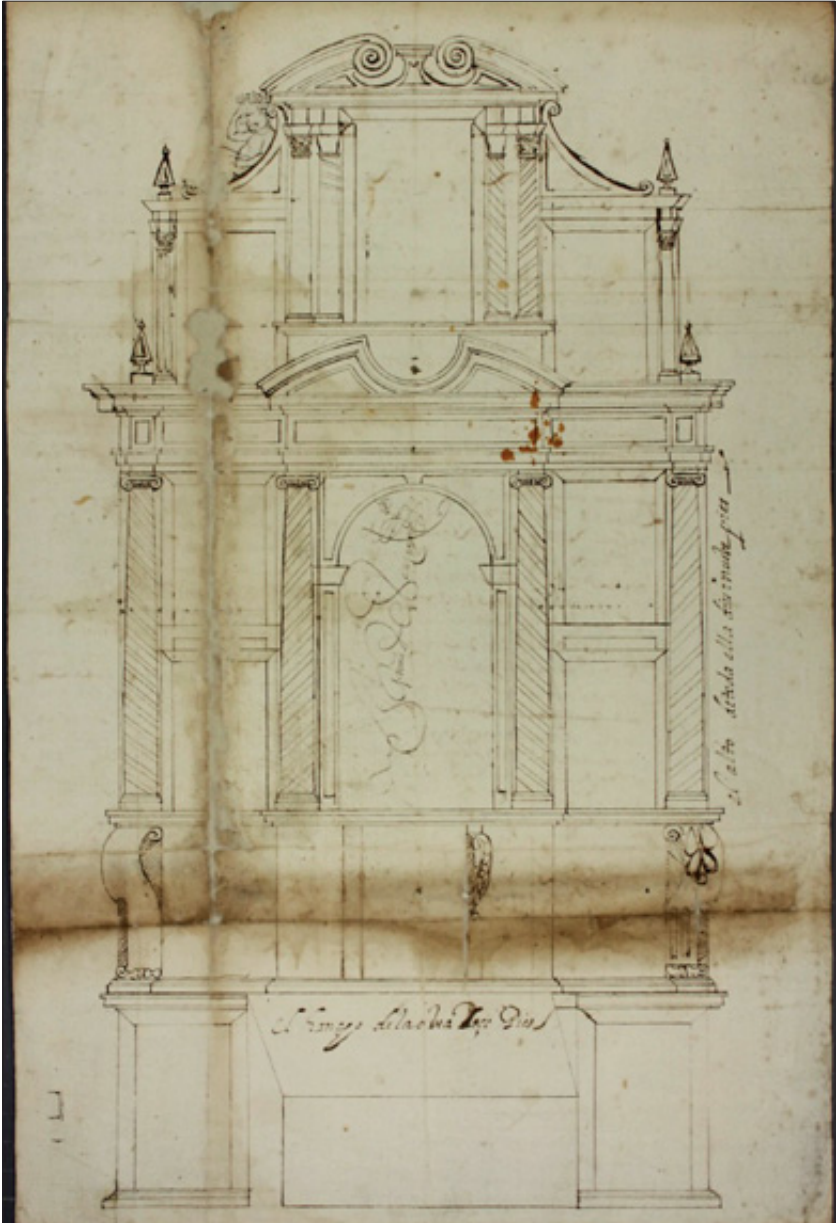
“La víspera de San Pedro y San Paulo dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma noche se comenzase a hallar mejor”.

(Autobiografía. Capítulo primero. Número 3 - Texto de Ribadeneira).



“Descendiendo él del Monte de los Olivos, topó con un cristiano de la cintura (sirio), que servía en el monasterio, el cual, con un grande bastón y con muestra de gran enojo, hacía señas de darle. Y llegando a él, le cogió reciamente del brazo. Yendo por este camino así asido del cristiano, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía a Cristo sobre él siempre”

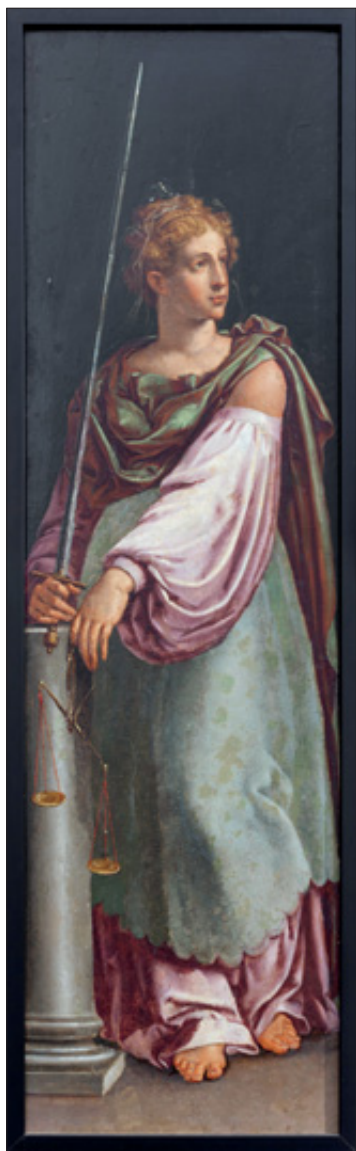
(Autobiografía. Capítulo cuarto. Número 48 - Texto de Ribadenebra).



Diseño original del retablo en el contrato firmado con el maestro Arbiza en 1612.



Retablo actual de la iglesia de los Mártires de Azkoitia, restaurado por José Luis Larrañaga (con el relicario de los Santos y el exvoto de unos grilletes en referencia a la liberación de un preso).



Pinturas que representan a las Virtudes, que aparecieron ocultando las figuras de los pequeños atlantes del retablo de Mártires, que actualmente se hallan colocadas en un lateral del presbiterio de la iglesia.



Imagen actual del retablo de San Ignacio en la parroquia de Azpeitia.



Fotocomposición de la imagen aproximada que podría tener el primer retablo dedicado al beato Ignacio de Loyola en su pueblo natal de Azpeitia (1613).



Visión de Ignacio de Loyola en la capilla de la Storta. Única obra conservada del ciclo iconográfico realizado por Bartolomé Noblet para el retablo de la iglesia del Colegio de los Jesuitas de Azkoitia (1655). Actualmente expuesta en la capilla de la Casa de Balda de Azkoitia.

Bibliografía

Libros

- ASTIAZARAN, María Isabel, *Arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII*. Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa. Gráficas Valverde, 1990.
- CENDOYA ECHANIZ, Ignacio, “El retablo barroco en el Goierri. La constante academicista en Gipuzkoa”. Donostia-San Sebastián: Fundación Kutxa. Graficas Zubi, 1992.
- DALMASES, Cándido, *El Padre Maestro Ignacio de Loyola. Breve biografía ignaciana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. 2.ª edición, 1982.
- EGUILLOR, J. R., HAGER, H y HORNEDO DE, R. M., *Loyola. Historia y Arquitectura*. Donostia-San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa. Editorial ETOR Argitaletxea, 1991.
- ELIAS ODRIOZOLA, Imanol, “Azpeitia historian zehar”. Azpeitiko Udala, 1997.
- ELIAS ODRIOZOLA, Imanol, “Azkoitia historian zehar”. Azkoitiko Udala, 1999.
- GARCÍA HERRÁN, Enrique, “Ignacio de Loyola”. Españoles Eminentés. Ediciones Santillana. Tres Cantos (Madrid), 2003.
- GIL MASSA, Jesús Ángel eta ARAMBURU, María José, *Arte, Arkitektura eta Hirigintza Industriaurreko Azpeitian*. Azpeitiko Udala, 2010.
- HENAO DE, Gabriel, *Averigüaciones de las Antigüedades de Cantabria*. Bilbao: Editorial La Gran Enciclopedia Vasca, 1980.
- SEGARRA PIJOAN, Joan, S.J. *Manresa y San Ignacio de Loyola*. Ayuntamiento de Manresa, 1991.
- TELLECHEA IDIGORAS, José Ignacio, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*. Madrid: Ediciones Cristiandad S. L., 1986.
- XVII Centenario del martirio de los Santos Emeterio y Celedonio. Cofradía de los Santos Mártires Emeterio y Celedonio. Calahorra (La Rioja), 2001.

Artículos

- ALBISTUR MARIN, Francisco Javier, “Ignacio de Loyola un líder necesario”. Lección de Ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. *Nuevos Extractos. RSBAP*. San Sebastián. 2015.
- ALONSO PIMENTEL, María del Carmen, “Artistas (Escultores, Arquitectos y Pintores) al servicio de la Compañía de Jesús en el siglo XVI”. *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola*. San Sebastián: Michelena Artes Gráficas, 2009.

- CENDOYA ECHANIZ, Ignacio y MONTERO ESTEBAS, Ignacio, “La influencia de *la Vita Beati Patris Ignacio...* grabada por Barbé en los ciclos iconográficos de San Ignacio”. *Cuadernos de Arte e Iconografía*. Tomo VI-11, 1993.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, Fernando S.J. “San Ignacio de Loyola en la Pintura y Escultura de Andalucía”. En la Conmemoración del 5.º Centenario de su nacimiento.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, Fernando S.J. “Serie de pinturas de la vida de San Ignacio de Loyola en Lima (Perú)”. *Temas de Estética y Arte XX*. Sevilla: Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, 2006.
- GARCÍA MATEO, Rogelio SJ (Pontificia Universidad Gregoriana de Roma) y BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier (Universidad de Valladolid), “Yo te seré propicio en Roma. Ignacio de Loyola, la santidad y la construcción del santo”. *Anuario de Historia de la Iglesia*, Vol. 29, 159-194, 2020.
- GUILLAUSSEAU, Axelle, “Los relatos de milagros de Ignacio de Loyola: un ejemplo de la renovación de las prácticas hagiográficas a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII”. *Criticón*. Núm. 99, pp. 5-56. Centro Virtual Cervantes, 2007.
- ITURRIAGA ELORZA, Juan S.J. “Vida de San Ignacio de Loyola en Grabados del siglo XVII, Dibujante: Peter Paul Rubens y Grabador en cobre: Jean Batiste Barbé...”. Ediciones Mensajero.
- ORELLA UNZUÉ, José Luis, “El liderazgo jesuítico en el nacimiento y ocaso de la Contrarreforma”. *Anuario del Instituto Ignacio de Loyola*. San Sebastián: Michelena Artes Gráficas, 2006.
- PABLO JIMÉNEZ, Esther, “La canonización de Ignacio de Loyola (1622): Lucha de intereses entre Roma, Madrid y París”. *Chronica Nova*, 42, 79-102, 2016.
- PAGE, Carlos A., “Los primeros retratos de Ignacio y los inicios de la iconografía ignaciana”. Conferencia presentada en la inauguración de la exposición: *Imaginar lo invisible. Misión y utopía jesuita en el Perú*. Galería Municipal de Arte “Pancho Fierro”, 19 de setiembre de 2018. Lima.
- RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, “El ciclo de pinturas de San Ignacio pintado por Cristóbal de Villalpando en Tepozotlán. Precisiones iconográficas”. *Ars Longa*, 5, pp. 53-60, 1994.
- URREA FERNÁNDEZ, Jesús, *Catalogo de la exposición de Gregorio Hernández 1576-1636*. Madrid: Fundación Banco Santander Central Hispano, 1999.
- VITA BEATI PATRIS IGNATII LOYOLAE RELIGIONIS SOCIETATIS IESU FUNDATORIS AD VIVUM EXPRESSA EX EA QUAM P. PETRUS RIBADENEYRA EIUSDEM SOCIETATIS THEOLOGUS. Ilustraciones. Antuerpiae anno salutis: s.n. 1610. Descripción y notas: *The New Hollstein Dutch and Flemish The Collaert Dynasyt*, part, 4, p. 176, 967-971. La portada y las estampas 2, 5 y 10 por Cornelis Galle, la 1 y la 6 por Theodor Galle, la 3, 7, según composiciones de Juan de Mesa. Todas las estampas firmadas excepto, la número 12. Biblioteca Digital Hispánica. Biblioteca Nacional de España.